

sesenta maravedis que me den por ella quedará contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces á rbitros con satisfacion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáse-los, Sancho, dijo D. Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor D. Gai-feros estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolu-cion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de D. Quijote, que era liberal en todo estremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya despues de amanecido se vi- nieron á despedir de D. Quijote el primo y el page, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió D. Quijote una docena de reales. Maese Pedro no

quiso volver á entrar en mas dimes ni diretes con D. Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reli- quias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á D. Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa his- toria.

CAPÍTULO XXVII.

Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que D. Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capitulo: *Juro como católico cristiano*; á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el ca-

tolico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de D. Quijote, especialmente en decir quien era maese Pedro y quien el mono adivino, que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Gines de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad D. Quijote en Sierra Morena, beneficio que despues le fué malagradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Pasamonte, á quien D. Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el como ni el cuando en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en que entender á muchos, que atribuían á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero en resolucion Gines le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando estando Sarripante sobre Albraca le sacó el caballo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho como se ha contado. Este Gines pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que

fueron tantos y tales, que el mismo compuso un gran volúmen contándolos, deferminó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por estremo. Sucedió pues, que de unos cristianos ya libres que venian de Berberia compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, ántes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar mas cercano, ó de quien el mejor podia, que cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á que personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cuas unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la señal al mono, y luego decia que le habia dicho tal

y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido, Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese como adivinaba su mono, á todos hacia monas, y llenaba sus escueros. Asi como entró en la venta conoció á D. Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á D. Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si D. Quijote bajara un poco mas la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballeria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono. Y volviendo á D. Quijote de la Mancha, digo, que despues de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos ántes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algu-

tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pié della, á su parecer, mas de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partezanas, alabardas y picas, y algunos arabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadron, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una que en un estandarte ó giron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un paqueño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando: al rededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó D. Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y asi se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Dijole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia errado en decir que dos regidores habian sido los

que rebuznaron, porque segun los versos del estandarte no habian sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza : señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entónces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos; quanto mas que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria mas de lo justo y de lo que se debía á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos D. Quijote no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escudron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. D. Quijote alzando la visera con gentil brio y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del ejército por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. D. Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel

silencio, y rompiendo el suyo alzó la voz y dijo :
 Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagais pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. D. Quijote con esta licencia prosiguió diciendo : yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneiros per afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traicion por que le reta. Ejemplo desto tenemos en D. Diego Ordóñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dolfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó

á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor D. Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenía para que retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otros menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para que salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco mas á ménos: bueno sería por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contínuo hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas

y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria, A estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que ántes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen ménos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu: porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestas mer-

cedes estan obligados por leyes divinas y humanas á sosegar-se. El diablo me lleve, dijo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento D. Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenía, tomó la mano él diciendo : mi señor D. Quijote de la mancha, que un tiempo se llamó el *caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama el *caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no hay mas que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren : cuanto mas que ello se está dicho que es necesidad correrse por solo oír un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era

invidiado de mas de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida: y luego puesta la mano en las narices comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa dió con Sancho Panza en el suelo. D. Quijote, que vió tan malparado á Sancho, arremetió al que le habia dado con la lanza sobre mano, pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; ántes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no ménos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y cada punto recogía el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras

su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero, el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues D. Quijote buen trecho volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendióle viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantarán en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPITULO XXVIII.

De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.

Quando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en D. Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto quanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguiale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido Llegó

en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse Don Quijote para catarle las heridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo: tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho; ¿y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado? A música de rebuznos ¿que contrapunto se habia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron *per signum crucis* con un alfange. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió D. Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna, que á su ánimo; y así yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto estan las

historias llenas, las cuales por no ser te á tí de provecho, ni á mi de gusto, no te las refiero ahora. En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de D. Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecía. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole D. Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía de manera que le sacaba de sentido. La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo D. Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí; ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que aleanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ageno de pelo cueлга; y cada día voy descubriendo tier-

ra de lo poco que puedo esperar de la campaña que con vuesa merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi muger y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo ménos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. Haria yo una buena apuesta con

vos, Sancho, dijo D. Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á truco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseáis volveros á vuestra casa con vuestra muger y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis míos; mirad cuanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que ha que sirvo á vuesa merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de D. Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí

bebi y dormi en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y men-drugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuanto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco? A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una insula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien, replicó D. Quijote, y conforme al salario que vos os habeis señalado, veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo, confad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. ¡O cuerpo de mi! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la insula se ha de contar desde el día que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. ¿Pues que tanto ha,

Sancho, que os la prometí? dijo D. Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber mas de veinte años, tres dias mas á ménos. Dióse D. Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la insula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aqui te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escudriles de la andante caballería, ¿donde has visto tú ó leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, mandrin, follon y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias: y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aqui has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de

pasar mas adelante conmigo. ¡O pan mal conocido! ¡o promesas mal colocadas! ¡o hombre que tiene mas de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que á pesar de tu muger te llamaran señoría, te despidas? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor insula del mundo? Enfin, como tú has dicho otras veces, no es la miel etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á D. Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta mas de la cola; si vuesa merced quiere ponerme, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi mozedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio.

Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que si haria aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y D. Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen piés y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. D. Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPITULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda llegaron D. Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de

gran gusto á D. Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al reves de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró D. Quijote á todas partes, no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió D. Quijote: has de saber, Sancho, que este barco que aquí está derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caba-

llero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que esten distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arribatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que, o Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de día, y ántes que este se pase ata juntos al rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste río,

porque en él se pescan las mejores sabogas deste mundo. Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. D. Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria á ellos por tan longincuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longincuos, respondió D. Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Qué? respondió D. Quijote: santiguarnos y llevar ferro, quiero decir embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río comenzó á temblar temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el oír roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y dijole á su señor: el rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arro-

jarse tras nosotros. O carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que D. Quijote mohino y colérico le dijo: ¿de qué temes, cobarde criatura? ¿de qué lloras, corazón de mantequillas? ¿quien te persigue, ó quien te acosa ánimo de raton casero? ¿ó qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿por dicha vas caminando á pié y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso de este agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya hemos de haber salido y caminado por lo ménos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuanto habremos caminado? Mucho, replicó D. Quijote, porque de treientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que

se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafe con la añadidura de meon, ó meo, ó no sé como. Rióse D. Quijote, de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cosmógrafo Ptolemeo, y díjole: sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topaes cosa viva saldremos desta duda; y si no, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para que hay necesidad de hacer esas esperiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decautado de donde estan las alemañas dos varas, porque allí estan Rocinante y el rucio en el propio lugar do os dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, volo á tal que no nos movemos ni andamos al

paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes que cosa sean coluros, líneas, paralelos, zódiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente que de paralelos hemos cortado, que de signos visto, y que de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote á decir que te fientes y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo, y dijo: ó la esperiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice ni con muchas leguas. ¿Pues qué, preguntó D. Quijote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua blando entónces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban; y apenas las hubo visto D. Quijote cuando

con voz alta dijo á Saücho: ves allí, o amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aqui traído. ¿Que diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que estan en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dijo D. Quijote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la esperiencia en la trasformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: demonios de hombres, ¿donde vais? ¿venis desesperados? ¿que quereis ahogarnos y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te

dije yo, Sancho, dijo á esta sazón D. Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á dō llega el valor de mi brazo? Mira que de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuantos vestiglos se me oponen; mira cuantas feas cataduras nos hacen cóco: pues ahora lo vereis, bellacos; y puesto en pié en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy D. Quijote de la Mancha, llamado el caballero de los Leones por otro nombre, á quien está reservado por órden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco,

y dar con D. Quijote y con Sancho al traves en el agua; pero vínole bien á D. Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra, mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á D. Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como sino hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores, que él pagaria el barco de bonísima gana con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Que personas ó que castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿quíreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dijo entre sí D. Quijote, aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga

virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: á dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que D. Quijote les decia, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias D. Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPITULO XXX.

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero; especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio. D. Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entónces le parecia que estaba bien lejos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las mas eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que él temia. Sucedió pues que otro día al poner del sol y al salir de una selva tendió D. Quijote la vista por un verde prado y en lo último del vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altaueria. Llegóse mas y

entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafren ó hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la misma bizzarria venia trasformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á D. Quijote ser aquella alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafren y del azor, que yo el *caballero de los Leones* beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encajar algun refrán de los tuyos en tu embajada. Hallado os le habeis el encajador, respondió Sancho: á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó D. Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder. Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mi no hay que decirme ni advertirme de nada, que

para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho: dijo D. Quijote; ve en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos le dijo: hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal *caballero de los Leones*, que no ha mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altenaria y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden: levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho

en hora buena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aqui tenemos. Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor el *caballero de la Triste Figura*; y que si no le habia llamado *el de los Leones* debía de ser por habersele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe): decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del *Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe andar en tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus

rústicos términos á los cielos su mucha fermosura. su gran donaire y cortesía. D. Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos; acomodóse la visera, arremetió á Rocinante y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la cual haciendo llamar al Duque su marido, le contó en tanto que D. Quijote llegaba toda la embajada suya; y los dos por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de D. Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerias que ellos habian leído, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó D. Quijote alzada la visera, y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pié en una sogá del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, ántes quedó colgado del con la boca y los pechos en el suelo. D. Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo, y

llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pié en la correa. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantataron á D. Quijote maltrecho de la caída, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, ántes apeándose de su caballo fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole: á mí me pesa; señor *caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió D. Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte

vuestra, y digna señora de hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor D. Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese, dijo: no se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde ménos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso tambien puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse Don Quijote á la Duquesa, y dijo: vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacara verdadero, si algunos dias quisiere vuestra grandcelsitud servirse de mí, A lo que respondió la Duquesa: de que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que los gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuestra merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y pues el buen Sancho

es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió D. Quijote. Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras: y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la Triste Figura... De los Leones ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura: el figuro sea el de los Leones. Prosiguió el Duque: digo que venga el señor caballero de los Leones á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y sabiendo en él D. Quijote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPITULO XXXI.

que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de D. Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecía. Cuenta pues la historia que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen se adelantó el Duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habían de tratar á D. Quijote, el cual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron del dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en piés de unas ropas que llaman de levantar de finísimo raso carmesí, y cogiendo á D. Quijote en brazos sin ser oído ni visto, le dijeron: vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa. D. Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfia de la Duquesa, y no quiso deceder ó bajar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de